

ARTÍCULOS

Envidia, carcoma del alma: escorzo psico-literario

Envy, soul woodworm: A psycho-literary foreshortening

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ¹

RESUMEN

Desde Aristóteles hasta Castilla del Pino, desde Covarrubias hasta María Zambrano, desde el clasicismo grecolatino a la modernidad de los Simposiums de Psicología y Psicoanálisis, el tema de la envidia ha sido objeto de análisis. Tan sutiles matices provienen de la filosofía como de la psicología, de la literatura como de la clínica. La envidia es sometida a la mirada benevolente que exige su rango de emoción universal humana, derivada de la alteridad, la comparación y la autovaloración negativa, así como de la deficiente instalación narcisística y el anhelo de suplantación del otro idealizado. La envidia es antesala del odio y de un cortejo de expresiones interpersonales y sociales muy variadas y sibilinas. Anida, incluso, tras el choque de civilizaciones generador de los más atroces y destructivos episodios de fanatismo terrorista recientemente padecidos en nuestro mundo.

ABSTRACT

From Aristotle to Castilla del Pino, from Covarrubias to María Zambrano, from Greco-Latin classicism to modern psychology and psychoanalysis symposia, envy issues have been subject to analysis. Such subtle nuances come both from philosophy and psychology, from literature and clinical practice.

¹ Pfra. Dra. Universidad Pontificia de Salamanca.

Envy is kindly gazed at according to its position as universal human emotion derived from alterity, comparison and negative self-appreciation along with a defective narcissistic settlement and the craving for replacing the idealized other. Envy is the anteroom both of hatred and a parade of assorted and sibylline interpersonal and social expressions. Envy remains, even after the civilization clash that is causing the most atrocious and destructive actions committed by terrorist fanaticism hitting our world nowadays.

PALABRAS CLAVE

Envidia, Narcisismo, Alteridad, Expresiones de la envidia, Relaciones envidiado-envidioso.

KEY WORDS

Envy, Hatred, Narcissistic settlement, Civilization Clash, Fanaticism.

«Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias» (Cervantes. El Quijote).

1. ENVIDIA. SENTIMIENTO Y ACTITUD

Es mi propósito no rebasar el límite de la psicología al tratar un tema fronterizo con tantas disciplinas y tan proclive a enfoques maximalistas. Quiero ceñirme a un análisis de la envidia como sentimiento constitutivo y estructurante del yo, que nace de la relación con un tú (representante simbólico de todo "lo otro" que me falta), que degenera en su exceso en una carcoma del alma, en una lepra invasora, que siempre destruye al envidioso y a menudo perjudica al envidiado.

Situémonos en la envidia como lo hiciera Covarrubias (1611), al definirla como "dolor conceptus ex aliena prosperitate" (*dolor engendrado por la prosperidad de los otros*) y como "un dolor, concebido en el pecho, del bien y prosperidad ajena; latine, in-vidia (o ver mal)...; porque el embidioso enclava unos ojos tristazos y encapotados, en la persona de quien tiene embidia, y le mira como dizen de mal de ojo... Su tóssigo (veneno) es la prosperidad y buena andanza del próximo, su manjar dulce la adversidad y calamidad del mismo: llora cuando los demás ríen y ríe cuando todos lloran". Parecida denotación es la otorgada en el "Diccionario de Autoridades" (1726), donde se incide en la doble vertiente de "tristeza del bien ajeno y pesar de la felicidad de otros".

Unamuno, en un alarde sobradamente conocido de psicología de los pueblos, la designó como la "sangre de Caín", declarando en "La envidia hispánica" (1909) "ser éste el rasgo más fieramente español; la íntima gangrena del alma española". Si bien su argumento nunca fue contrastado empírica y fehacientemente con ningún estudio psicosociológico aceptable, ha acabado por convertirse en un tópico del 'carácter español', aliño indispensable de las esencias nacionales o "pecado capital" por excelencia de los españoles. Unamuno indicó el caldo de cultivo adecuado para el florecimiento de la envidia: tierra adentro, sociedades rutinarias con uniformidad de costumbres y de intelectualidad roma. Apuntando a la envidia como "el vicio clerical por excelencia" y dándole tintes de enfermedad contagiosa sentenció que "la envidia es la roña íntima de los conventos" (Unamuno, 1909, p. 286).

El sabio Aristóteles dissociaba la envidia en dos sentimientos diversos entre sí, aunque complementarios: **la alegría por el mal ajeno y la tristeza por el bien ajeno**. Cuando éste último fuere inmerecido lo denominaba Némesis. Sobre ella se han desgranado a lo largo de la historia bellísimas metáforas, muchas de las cuales aluden a enfermedades deletéreas con un efecto devastador sobre la salud

anímica del 'enfermo de envidia': la gangrena del alma de Unamuno, el 'cancer de las sociedades y de las doctrinas' de A. Camús, o la 'peste luzbeliana' de Quevedo, el dardo envenenado de Voltaire, o el mal sagrado de María Zambrano. Sin olvidar el más afilado símil de todos los que he encontrado, de Reyes Mate: "amargo pan de los vencidos".

Juan Luis Vives fue un sagaz estudioso de esta pasión en su *Tratado del alma*, donde la dibuja como "encogimiento del ánimo por el bien ajeno" (p. 201), y enuncia sus efectos corporales, fruto del esfuerzo para disimular su corrosivo araño en el envidioso mismo: "palidez lívida, consunción, ojos hundidos, aspecto torvo y degenerado" (p. 202). Por su parte, Dante representaba a los envidiosos con los ojos cosidos, ciegos para la visión de cualquier virtud ajena. Esta representación simbólica guarda relación, probablemente, con su etimología 'in-videre', literalmente "no-ver", que se ha ido, sin embargo, metamorfoseando por un significado distinto: el envidioso no es que no vea los méritos o la fortuna ajena, es que los mira torcidamente. (vide Unamuno, 1934). La acepción moderna de la envidia se torna en mirar mal al prójimo, y atribuye a esa mirada el poder mágico de causarle daño o perjuicio (el "no puedo ver" a tal

persona es un indicio más de envidia no reconocida que de hostilidad declarada por enfrentamiento o discrepancia).

La creencia en el mal de ojo asigna a la envidia el poder de dañar al destinatario de la mirada. La envidia ha sido pródiga fuente de inspiraciones filosóficas, morales, literarias, pictóricas. Pero no es nuestro afán presentar un exhaustivo desarrollo histórico de este concepto universal y clásico. Tampoco lo es terciar en si la envidia sea un pecado, un arma de superación, acicate del progreso, un estímulo revolucionario que alienta la ruptura de los límites de clase, una máscara de la justicia, un vicio o una desgracia, porque todos estos etiquetados y diagnósticos se han hecho sobre ella y aún muchos más.

2. LA HERIDA NARCISISTA

Centrando la reflexión sobre la envidia en su perspectiva psicológica, comenzaré por referirme a Castilla del Pino, quien la juzga, más que como un sentimiento, como una actitud cuya raíz es el incurable odio a sí mismo que se profesa el envidioso, y que, por ello, no tolera "ser quien se es", lo que se sigue de "desear no serlo y ocultarlo, tratar de ser otro y negarlo, y estar imposibilitado de serlo" (Castilla del Pino, 2000).

El origen psicogenético de la envidia es la constatación de los propios límites, de la propia finitud, de la comprobación de no ser exclusivo, singular o excepcional: en definitiva, del hundimiento del narcisismo primario infantil. Durante la fase temprana de egocentrismo infantil, el niño incuba una fantasmagórica grandeza, una visión deformada de su excelencia, que por lo general el entorno alimenta embelesado por sus gracias y belleza. Más tarde este primigenio endiosamiento narcisista y la fantasía omnipotente concomitante tropiezan con unas evidencias que las refutan. La realidad va marcando diques a "su majestad, el niño". Máxime, cuando irrumpe un otro, un segundo, a quien ve tratar como a sí mismo, incluso a veces mejor que a sí mismo. Surge entonces lo que se ha designado como "sentimiento adélfico" o "complejo fraterno", con independencia de que ese otro sea encarnado o no por un hermano.

La constitución de la mismidad depende siempre de la relación y de la comparación con un semejante. En la vinculación con el prójimo es donde se construye la propia identidad. El otro pasa a ser un polo ambivalente de atracción y de hostilidad, de amor y de envidia. Lo grave surge cuando el otro es experimentado como una amenaza a la propia identidad, como un peli-

gro para mí, pues entonces se vislumbra al otro no en un diálogo donde el yo y el tú coexisten, se complementan y se fecundan, sino en una disyuntiva excluyente: "o el otro o yo". Aquí hunde su origen la envidia: se vivencia al otro como mensajero de mi finitud, de mi no exclusividad, de mi carencia de completud. De ahí que Caparrós sea rotundo al reflejar esta sangrante herida diciendo: "el otro es donde yo no soy, el otro está ahora donde antes el paraíso del narcisismo primario" (p. 73). Los paraísos son siempre, como diría Milton, 'paraísos perdidos', sólo se reconocen cuando ya no están, sólo son habitados desde la añoranza, desde el duelo de su falta. La envidia es resultado de un duelo no realizado por el narcisismo primario.

Vemos desfilar la envidia como un sentimiento que nace del miedo a la pérdida de los propios contornos, como señalamiento de la propia precariedad, que exalta y deforma en su mente las conquistas, los logros o las capacidades del otro. De ahí que resulten insuficientes las definiciones de la envidia que la retratan como el anhelo codicioso de poseer lo que el otro tiene, pues no se trata tanto de tener lo que el otro tiene, para así henchirse de poder o fortuna, prestigio o éxitos, sino de **ser lo que el otro es**, de "ocupar el lugar del otro" (Bernand,

2000), con el anhelo de llenar así el propio vacío (Sanfeliú, 2000, p. 121).

Pues, digámoslo ya: lo que corroe en la envidia es la propia herida narcisista, la carencia no asumida, el déficit de identidad no lograda, que lleva a percibir al otro como el obstáculo que impidió consumir la propia perfección. La fantasía del envidioso se desarrolla así: "Si el otro no existiera, yo sería; si el otro no obtuviera, a mí se me daría; si el otro no poseyera, yo conseguiría; porque lo que el otro tiene me lo arrebató a mí; lo que el otro es a mí me lo usurpa; la visión del otro, a mí me ocluye, me ensombrece".

En esta fantasía, el envidioso proyecta sobre el otro la culpa de sus carencias, de este modo se evita reconocerlas y enfrentarse a ellas para subsanarlas. La carencia propia se deposita obsesivamente en el otro como su posesión, su atributo, su don, pero en lugar de orientarse hacia ello con el amor, anhelando fundirse con él merced a la identificación amorosa, se recibe con amargura y resentimiento, se queda fijado en la observación compulsiva del otro. Luis Vives la emparentaba con la soberbia y la pequeñez. Con aquella pues sólo una persona soberbia se arredra de reconocer sus carencias e incapacidades, esperando seguir proyec-

tando una imagen de plenitud y suficiencia, y con la pequeñez puesto que quien valora su propia capacidad sin falsa humildad, no se detiene en devorar las capacidades ajenas. Raimundo Lulio decía "Envejos sa enveja lo auclu tot dia" (La envidia mata de continuo al envidioso). Amor y envidia tienen una fuente común: la carencia, pero con Zambrano, podríamos preguntarnos "¿qué significará este otro en la envidia que tan lejos la lleva de su hermano el amor?" (p. 283). Pregunta que quizá responde un autor reciente, pues señala en "La envidia y el deseo" lo siguiente:

"El deseo hace de la carencia una oportunidad, la entiende como una llamada hacia otros horizontes y se despliega como una búsqueda indefinida, en festejo y prodigalidad. La envidia (en cambio) aborrece la carencia y la siente como una privación, como un insulto, se retrae afectadamente y congenia con el odio..." (Germain, 2000, p. 129).

El vínculo con el otro que nace en toda interacción dual se divorcia y desgarró en senderos opuestos en el amor y en la envidia. Lo otro se transforma, en lo uno, en lo mío, cuando hay amor, pero se mantiene irreductiblemente otro en la envidia; incluso el yo del envidioso se difumina, pierde su consistencia, se disuelve en la identidad del envidia-

do, a quien habita. Como apunta Tubert (1994), insistiendo en la diferenciación que el envidioso siente respecto al envidiado:

"El otro no coincide con el yo, pero tampoco se diferencia suficientemente del yo" (Tubert, 1994, p. 49).

El envidioso vive en su envidia, ensimismado y proyectado en el otro, hacia donde orienta todos sus sentidos. Su empeño es tan coartativo que poda toda posibilidad de crecimiento personal y lo abisma a una succión de los atributos ajenos, a una alienación o enajenación en su sentido más etimológico, pues degenera en la "servidumbre de sufrir la fascinación del otro que impide proseguir el camino hacia lo uno" (Zambrano, 1995, p. 294).

Fascinación del otro en el amor y en la envidia, que se trasmutan en deseo en el primero y en destrucción en la segunda. En el amor quiero que el otro se anexe a mi identidad para calmar mi penuria con la riqueza que el otro me aporta. En la envidia, he de destruir la riqueza del otro, para negar la diferencia y que mi carencia no me suma en la desesperación.

A mi entender, la envidia es una posición anterior al deseo, posición evolutiva en la que sin embargo el sujeto puede quedar fijado de por

vida, pero que ordinariamente forma parte de la transición desde el egocentrismo infantil (narcisismo primario, en terminología psicoanalítica) a la plena constitución del yo, a la definitiva subjetivación, que sólo puede consumarse cuando se reconoce plenamente al otro como diferente de mí, si bien compatible conmigo, y sobre todo cuando se aceptan los propios límites y carencias personales, renunciando a la fantasía de omnipotencia. Sólo así entraríamos en lo que Abraham denominó fase de relación objetal postambivalente. Explico lo antedicho: acceder al deseo sólo es posible desde la asunción de la castración, de la falta, de la imperfección. El envidioso no puede desear porque niega su castración y necesita destruir todo aquello que implica el Fallo, la fuerza, la potencia, para así no tener que contraponer su vacío a la plenitud colmada del otro. "La envidia es deseo mutilado" proclama P. Hassoun-Lestienne (2000). El envidioso no es capaz de desear, porque al desear aceptamos lo diferente del prójimo, sin que tal diferencia nos empequeñezca o nos humille, pero en la envidia no se concibe una relación de horizontalidad, de igualdad, con el otro, una relación de tú a tú, sino que sólo se conceptúan relaciones verticales en las que el otro forzosamente ha de estar arriba o abajo.

Coincido con Tubert (1994) al

pensar que la envidia puede ser un sentimiento estructurante cuando aparece en una fase de construcción de la individualidad y de transición hacia la identidad básica partiendo de la fase previa de fusión o de simbiosis con el otro. Deviene, en cambio, peligrosísima desorganizadora cuando se implanta en un yo inseguro y desvalorizado. En este caso, la envidia no es más que un sentimiento estéril que no engendra mejoras, perfeccionamientos, o afanes para asemejarse al objeto del anhelo, sino que debilita, impacienta y entristece al envidioso. Al decir de Quevedo, la "envidia es flaca porque come pero no se alimenta, devora sin que deje huella lo engullido". Quevedo aquí se hace eco del aforismo medieval, de resonancias orales: "la lengua (del envidioso) no tiene huesos pero los tritura".

La magnífica ensayista María Zambrano dibuja el estigma de la envidia como un infierno terrestre, dándole un sentido nuevo a la famosa frase sartriana de "el infierno son los otros", pero no ya por el daño que me ocasionan, sino sencillamente porque su presencia *real o virtual* despierta mi avidez (Castilla del Pino, 1994). Este símil de la envidia aparece también en Delibes (1983), quien se pregunta: "¿No lleva el envidioso el infierno en su pecado? ¿No daría media vida por no serlo, por no arrastrar a cuestras tan pesada carga?".

El mal está en que, en la medida de mi propio sentimiento de inferioridad, voy a incurrir en la idealización o distorsión hiperbolizante del otro, abultando el valor de aquellos atributos de los que yo adolezco. Señalaba Pedro Mexía, en *Silva de varia lección* que "lo que más ayudava a la vista era la embidia, porque hacía parecer las cosas grandes" (p. 415). Aún antes de este autor renacentista, el sabio y poético Ovidio en *su Ars amandi* (1, 349) confirmaba esta distorsión visual. Con aguda ironía señala Ovidio que "en los campos ajenos, la cosecha es siempre más abundante". Consiguientemente, pues, en la emergencia de la envidia la paridad se rompe y nos catapulta a la supresión del otro como fórmula inevitable y única que no me obligue a confrontarme con mi privación. Vemos, pues, que se trata de un juego de espejos deformantes. El OTRO es a un tiempo medida y baremo de nuestro ser y valer, metro de nuestra estatura, pero metro deformado por el astigmatismo de la envidia que enaltece el reflejo y envilece al reflejado.

En el pensamiento psicoanalítico se diría que el envidiado ocupa el lugar de un Yo Ideal grandioso que subraya la pequeñez del yo real de quien se contempla en él. Mientras el otro sea, yo sólo seré

su sombra (a propósito de esta expresión relacionada con la envidia y que enfatiza la verticalidad en dicha relación, J. A. Marina (2000) señala un término francés, sin equivalente castellano, **Ombra**, que alude al que 'nos hace sombra' o 'nos hace de menos'). Obsérvese que, en el fondo, el envidioso no ha renunciado jamás a ese Yo Ideal megalómano, sino que como sagazmente advirtiera Santo Tomás presenta una "presunción desesperada de superar a todos los demás" y padece "un deseo de excelencia desordenado, que no nace del no tener sino del querer más". Confirman esta visión moral unas palabras que se atribuyen a Cervantes, procedentes de un Diálogo (¿en torno a 1613?), donde se señala:

"... el que tiene envidia, que le roe como carcoma las entrañas, y con ella reprueba y abomina de las buenas y virtuosas obras del otro, nos quiere persuadir a que creamos que es deseo de bondad, y que su maligno parecer se tenga por celo virtuoso, siendo una punta endiablada de quererse aventajar de todos, por este encubierto camino" (M. de Cervantes ?, 1613 ?, p. 8 del manuscrito).

La envidia se dora y cubre con el celo protector que busca aumentar la perfección y completar la virtud

del envidiado, acudiendo al recurso de sacar a flote los defectos del otro, para, tras la maledicencia, quedar el envidioso en el contraste enaltecido por su pundonor y afán de virtud, medrando a costa de la sospecha ajena.

3. ¿EXISTE UNA ENVIDIA SANA?

Es fácil constatar que quien se atreve a admitir su envidia, suele puntualizar que es sana, mientras que la que observa en los demás es 'cochina' -envidia buena y envidia mala, "como el colesterol" discrimina una graciosa psicoanalista bilbaina, Usobiaga-. La presuntamente 'sana' es, en realidad, admiración o, a lo sumo, emulación, pero en ambas falta un ingrediente esencial en la envidia verdadera: la necesidad de destruir lo otro. Sin embargo, es importante subrayar las coincidencias existentes entre admiración y envidia.

LO OTRO sustantivado, es la esencia tanto de la envidia como de la admiración. Ambas tienen en común la percepción de una falta, de una incompletud, sólo que en la admiración dicha constatación es fecunda porque dirige hacia el otro el eros anhelante, para suturar con su existencia complementaria nuestra privación, pero en la envidia la falta sólo provoca doloroso resentimiento, bloqueo, parálisis

destruccion. La admiracion incita a la imitacion; la envidia incita a la supresion del otro. La pelicula de Mankiewicz "Eva al desnudo" constituye el mas fino analisis psicologico de la diferencia entre ambas emociones. El admirador reconoce la superioridad del admirado, al tiempo que admite su separacion e individualidad, asi como el derecho a ocupar el lugar que tiene. El envidioso, por contra, no admite la superioridad del otro o la atribuye a una injusticia, a un azar, a un enchufe, ... y solo concibe una solucion: si el otro desapareciera (enfermara, muriera, fuera desprestigiado, se demostrara su falta de calidad, etc...), su lugar quedaria vacante y podria ser para el. Por tanto, el destino de la envidia no es el esfuerzo o el ascenso basado en el merito, sino la suplantacion, la negacion del otro. Gregorio Marañon puntualiza en este sentido que suele achacarse a la envidia ajena, con sus trabas, entorpecimientos, y zancadillas, la culpa del propio fracaso o la propia mediocridad, pues a fin de cuentas, quien no reune merecimientos para ser admirado, cree ser blanco de la envidia. Vuelvo en esto a Unamuno, en otro lugar "Ni envidiado ni envidioso" (1917), cuando sentencia: "Apenas queda por ahi, en efecto, quien no envidia a otros y se crea envidiado por otros... Y asi encontrarais tantos animos amargados, entristecidos, quisquillosos y rece-

losos" (p. 775). El creerse envidiado por alguien deviene a menudo en el pretexto ideal para evitar la autocritica; permite al individuo justificar racionalmente su fracaso atribuyendolo a las trabas y boicots impuestos por su maligna cohorte de envidiosos.

4. ENVIDIA Y CREATIVIDAD

Melanie Klein acertó plenamente en su magistral ensayo "Envidia y gratitud" (1957) al indicar que lo que inspira la mayor envidia en los hombres es la creatividad de otros hombres, su capacidad de generacion, de produccion. Mientras el envidioso es mimético y reproductor, el verdadero genio es emprendedor, ocurrente, original, artista. El envidioso no puede permitirse admirar la energia generadora de otros, por ello trata de socavarla, trivializarla o arruinarla para mermar la admiracion que podria causar en los demas. La envidia marcha la productividad. El pecado simbolizado en Luzbel, la envidia, no lo es tanto del poder cuanto de la capacidad creadora de Dios. Con razon, Meltzer ha dicho que la envidia es admiracion fracasada, puesto que no se logra integrar el amor y el deseo que despierta la cualidad o la posesion del otro. Carballo (1958) diseccionó la envidia como ausencia de capacidad creadora. En una obra reciente, De

Santis (2001) recalca esta relación envidia-creatividad constatada por doquier en la vida artística, literaria o científica de nuestro entorno cultural, y que conduce al ninguneo del talento verdadero y a la alabanza y apología del mediocre, garantizándose así no ser preteridos o sobrepasados por la creación genuina:

“¡Cómo nos ayudan los amigos mientras no confían en nuestra capacidad! Pero en cuanto saben lo que valemos, se nos vuelven en contra. Nada hay peor que la envidia literaria...” (De Santis, 2001, 82).

La envidia supone el cénit de la ambivalencia, o, como dicen los psicólogos franceses, en expresión neológica y bizarra: el "Odioamoramiento". Nicolás Caparrós alude a esta compleja imbricación de opuestos que se dan en la envidia con la afortunada expresión de "amor tanático": es un amor que mata, sobre todo al envidioso mismo.

Vemos crecer la envidia como un cáncer metastásico que atrofia la potencia creadora o la traba, que aporta sentimientos de indignidad, humillación y denigración en el que se sabe no poseedor de este don o talento. Es la enfermedad que devora a Salieri ante el genio prodigioso de Mozart (Sopena, 1985), a

Joaquín Monegro frente a Abel Sánchez (Unamuno, 1923).

El doble movimiento de la envidia es, por un lado, la voracidad o avidez frustrada que reclama insistentemente en forma de queja y de expresión rencorosa lo que no se tiene, y por otro, el victimismo persecutorio al considerarse merecedor de los dones que injustamente le han sido arrebatados. La envidia se disfraza de autoconmiseración por la mala suerte o la adversidad que nos priva de lo que nos corresponde por derecho.

"El otro es un 'doble prodigioso' que goza en mi lugar de lo que yo debería ser o hubiera sido (de no ser por él)" (Sopena, 1985, p. 295).

El envidioso a menudo es un holgazán, le repugna el esfuerzo que podría hacer para proveerse de los bienes que apetece en el otro. Prefiere falsificar, apropiarse con engaño, practicar fraude e impostura, pero todo ha de ser urgente, apremiante, dada su impaciencia.

El envidioso es un ladrón en potencia: lejos de dar algo, desea apropiarse el bien de otro. Su deseo no le dinamiza e impulsa a avanzar hacia lo desconocido; antes al contrario, lo bloquea en el instante de la carencia y luego lo empuja regresivamente a usurpar lo que ya sabe que está ahí.

5. ENVIDIADO Y ENVIDIOSO: LA INSUFRIBLE ALTERIDAD

D. Hume supo ver que la envidia surge de la comparación y, a su juicio, lo es siempre de la felicidad de los otros comparada con la nuestra:

"La desgracia de los otros nos proporciona una idea más vivaz de nuestra felicidad, y su felicidad, una idea más vivaz de nuestra miseria. La primera, por consiguiente, produce placer, y la última dolor" (vol. II, p. 154).

De hecho, él señalaba dos condiciones para que brote la envidia:

a) que exista un elemento común que permita la comparación,

b) y que haya proximidad y proporción entre las partes.

En efecto, una condición necesaria para que aflore la envidia es la existencia de simetría entre los integrantes del tándem. Simetría real que es percibida distorsionadamente como asimetría valorativa. Si la relación es demasiado desigual o asimétrica, podrán gestarse otras emociones: resignación, conformismo, impotencia, fatalismo. Ordinariamente, uno se compara con su hermano, con su vecino, con su compañero de clase, y de la ruptura de la equidad esperada puede

surgir la envidia. Con respecto al superpoderoso, famoso o hermoso, no brota la envidia porque no hay equivalencia en el punto de partida, ni en la expectativa, como tampoco en el mérito o en la propiedad sobre el bien que es objeto de la comparación. Los envidiados son retratados por Valcárcel como "aquellos que (siendo originariamente como yo) parecen haber tenido más suerte que yo y no toman precauciones de no mostrarse orgullosos de ello" (p. 94). Se suma en ello a Quevedo cuando certificaba que "los que más se quejan porque los invidian son los que siempre están haciendo porque los invidien".

Es por envidia por lo que nadie es profeta en su tierra, aún cuando sea admirado y reconocido fuera de ella, ya que a todos es más fácil alabar a un extranjero que a un conciudadano, admitir influencias foráneas que mostrar gratitud con un prójimo. Ello se debe a que reconocerse deudor de un compañero se vive como humillante, pues mengua la propia estatura o logro personal, en tanto que el parangón con lo remoto no devalúa tanto el mérito propio. Tácito supo ver antes que nadie que "el odio (envidia) de los parientes es el más feroz" (*Historias 4, 70,3*).

Envidioso y envidiado componen una entente bifronte, un Jano míti-

co, "máscaras distintas de un único ser dividido" (Zambrano, 1955, *ibid*, p. 263). Entrambos se establece una relación especular, en la que - como en el caso de las soberbias obras unamunianas "El Otro" (Unamuno, 1926) y "Abel Sánchez" (Unamuno, 1923), la desaparición del otro, lejos de suponer la oportunidad definitiva para consagrar la propia existencia del envidioso y afirmar su lugar en el mundo, signa su propia muerte:

"Puesto que el envidiado era el soporte de la existencia del envidioso, la desaparición real del otro acaba con él mismo. Si su vida se alimentó del deseo de muerte del otro, en el contexto de una relación especular, no puede sobrevivirle" (Tubert, 1994, p. 60).

Como certeramente indicó Zambrano, el otro no está fuera, sino en un abismal y alucinatorio dentro. He ahí el empeño de suprimirlo, calumniarlo, desprestigiarlo o desmerecerlo, porque sólo así se rebajará de la posición de superioridad que ocupa en el imaginario mental del envidioso. Sólo así quedará postrado y sojuzgado, a sus plantas.

Sin comparación, sin cotejo, no hay envidia. Lechartier-Atlan (2001), habla de una "fantasía siamesa" aplicable a la relación mental que el envidioso mantiene con el envidia-

do, similar a la mantenida por los hermanos siameses, donde algo que debería estar individualizado y poseído como identidad personal, separada y diferenciada, es sentido como hurtado por un otro, del cual no puede separarse sin riesgo para la propia vida, pero en la que se cree que sólo la aniquilación del otro puede dar acceso a una identidad completa. En dicha 'fantasía siamesa', acceder a la identidad supone el sacrificio de destrozar al otro, pero al hacerlo se destroza a sí mismo. Atacar al hermano, al semejante, en tanto proyección del propio yo, es tanto como atacarse a sí mismo. Hallamos magníficas ilustraciones de esta problemática del doble en obras consagradas de la literatura universal, siendo las de Dostoyevski, Rank y recientemente la de Irene Gracia, "Mordake o la condición infame", las que vislumbran la relación con el otro siamés en la envidia como el vínculo del negativo con el positivo de la propia identidad. Vuelve a emerger la imposibilidad de compartir, de aceptar la semejanza, la simetría con un otro. Afirma Carballo que "... si ante la magnanimidad creadora (del otro) la actitud es de agradecimiento, la persona crecerá en armonía, fundiéndose etapa tras etapa, cada vez en una unidad mejor integrada; si la reacción es de envidia, la íntima escisión será irremediable, el yo quedará para siempre agrietado, dividido, o en

riesgo constante de dividirse; una parte de su ser odiando a la otra" (1958, p. 4.).

Es digno de subrayarse que, en realidad, el envidioso padece un trastorno narcisista de la personalidad, pero que no teniendo méritos obvios que adornen y acrediten su deseo de descollar (pues sabido es: la envidia es vicio que arraiga en los mediocres, pero de la que ellos nunca son objeto), la única oportunidad de cumplir su propósito es destruyendo los méritos ajenos. La necesidad de destruir al otro se alterna con el deseo de fagocitarlo, de vampirizarlo, de mimetizarlo, de ocupar su lugar sin que nadie se percate del trueque. Pensamiento Inconsciente que se traduce en su espíritu atormentado así: "si no puedo estar en la cumbre, al menos puedo no sentirme ridículo si consigo que los triunfadores pasen al subsuelo". La ocasión de que la propia mediocridad descubra su aura es apagando los brillos de toda luminaria que luzca en derredor. La envidia deviene, así, el arma del vanidoso mediocre que reivindica por 'ley democrática' lo que por natura o gracia le ha sido negado: "si yo no puedo tenerlo, que no lo tenga nadie". En una declamación sobrecogedora de "Las criadas", Genet (1945) resalta la desgarrada ofuscación de las personas grises, fruto de su soberbia golpeada, y el torren-

cial odio envidioso en que desemboca:

"¡La odio! Odio su pecho lleno de exhalaciones balsámicas. ¿Su pecho... de marfil! ¡Sus muslos... de oro! ¡Sus pies... de ámbar!...¿Cree que puede robarle la belleza al cielo y privarme de ella? ¿Elegir sus perfumes, sus polvos, su laca para las uñas, la seda, el terciopelo, el encaje y privarme de ellos?" (Genet, 1945, p. 60).

La envidia es un sentimiento dual, a diferencia de los celos que configuran una emoción triangular que implica la rivalidad con un segundo por el amor de un tercero. La envidia, sin embargo, es una relación simbiótica, generalmente unilateral, aunque a menudo alimentada por el envidiado, sobre todo si cree en el refrán que reza: "quien de nadie es envidiado, ése es desgraciado". Jactarse de las propias conquistas o excelencias no se hace siempre por mera presunción o egolatría, cuanto por ponderar el valor propio que calibrar el valor propio en la envidia ajena se suscita. No pocos pensadores insisten en culpar al envidiado de la envidia, pues consideran que la ostentación y arrogancia que exhiben deliberadamente acaba siendo el veneno que germina en el ánimo del desfavorecido como envidia y resentimiento. Por ejemplo, Lavedeze acusa al triunfador de alentar la envidia en los subordinados:

“Cuando alguien acude al pedestal de la vida pública no está allí solo para recibir aplausos; pues el mero hecho de encaramarse ya es un modo de agresión para el que mira desde abajo”.

Pero no deja de ser cierto que en muchas ocasiones el envidiado ni siquiera sospecha serlo, pues no posee nada que crea digno de envidia. De hecho, a menudo las personas afortunadas, famosas o ricas envidian la sencillez, la pobreza o el anonimato: esto es, la ausencia de dones o bienes que presuntamente despiertan envidia universal.

No ha de sorprendernos que tanto el envidiado como el envidioso coincidan en la raíz del padecimiento: la inseguridad en la propia identidad, el uno por mirarse en los éxitos del otro, amargándose por la falta propia, y el otro por necesitar para reafirmar su valor el tormento y la amargura del envidioso que se espía en su mirada. Otro refrán avisa que "quien descuella, la envidia despierta". Por eso, contra la opinión de San Agustín, que salvaba ciertas formas de soberbia con el aforismo de "la humildad es la verdad", se comprueba que la verdadera nobleza y calidad humanas se acompañan de una genuina sencillez, sin alardes, petulancias o falsas ostentacio-

nes que, por lo general, sólo son ropaje grandilocuente de la falta de elocuencia de los méritos atesorados.

Lo que se envidia, por lo general, es ese factor azaroso, gratuito, que rompe la simetría entre ambos miembros del tándem, lo que marca las diferencias entre ellos. En efecto, no es el don conquistado por el esfuerzo, sino el bien obtenido por el capricho gracioso de la Naturaleza que desnivela injustamente los dones dados a sus criaturas. Así, el bien envidiado suele ser fruto de factores accidentales como la genética, la suerte o la veleidosa fortuna, pues ¿por qué al otro le tocó la lotería y no a mí, por qué el otro me supera en belleza, en inteligencia natural, en simpatía? Reparemos en que el azar, Dios, la Naturaleza, etc, son quienes favorecen a unos y soslayan a otros, los que esparcen diferencias, implantando la ruptura de la justicia distributiva o de la equidad. Y eso llena de rabia y resentimiento a todo aquel que se haya convencido de la equivalencia en cuanto a los derechos, méritos o prebendas. Por tanto, la envidia se acompaña de una percepción del desequilibrio: *"mientras el otro es elegido, yo soy repudiado; mientras el otro asciende, yo me estanco, y aún permaneciendo donde estaba, mi virtud queda*

atenuada por el favor otorgado al otro, que antes era mi igual". En su magnífico y programático libro "El laberinto sentimental", Marina (1996) conjeturaba que el anhelo adherido al envidioso es el deseo de *ser preferido a todos*. De ser esto así, no es la restitución de la equidad lo verdaderamente buscado por el envidioso, sino un desequilibrio que le favorezca a él, que le encumbre.

La alteridad es ruptura de la semejanza. La secuencia dinámica del proceso comienza cuando se sustituye el 'soy como todos los demás' por el 'soy menos que el otro' aunque necesitaría 'ser mejor o más amado que el otro'. La merma del valor propio es calibrada como devaluación. Comienza así el proyecto de la envidia, que con todas sus añagazas y disfraces va a pretender nivelar nuevamente los elementos de la comparación: el otro y yo. A fin de cuentas, lo intolerable no es que el otro posea lo que yo no poseo, sino la plenitud y la felicidad que eso le aporta, pues me señala como carente, privado, desposeído... desigual, en suma. (Matton, 2000).

"Lo que el envidioso no logra es su proyecto de ser el envidiado" (Castilla del Pino, p. 40, 1994 ó 2000).

6. EL CORTEJO EMOCIONAL DE LA ENVIDIA. DISFRACES Y ESTRATAGEMAS

"Nuestros tiranos son nuestros vicios.

*El más cruel de todos en sus sombríos caprichos,
el más infame a la vez y más encarnizado,
que hunde en el fondo del corazón un dardo envenenado,
ese verdugo del espíritu, ¿quién es? La envidia"* (Voltaire. **Discurso sobre la envidia**)

Puesto que se trata de un sentimiento complejo, la envidia se rodea de un séquito de emociones que van desde el odio a la fascinación por el otro, desde la admiración y el deseo de emulación a la crueldad destructiva, desde el autoconcepto exaltado y soberbio de sí mismo hasta el melancólico automenosprecio. Sentimiento de pequeñez o futilidad del envidioso que se agiganta y distorsiona por la no asumida soberbia: el deseo de ser grande y reconocido torna insufrible la prosperidad ajena, pues se percibe como la usurpación de la gloria a él reservada. La soberbia, pues, lejos de ser opuesta a la envidia, es o bien su fuente, o cuando menos uno de sus afluentes.

Vives (1957), en su "Tratado del

alma" enfatiza el parentesco entre ambas emociones al señalar que "son envidiosos los soberbios y los pusilánimes" (p. 202), porque ambicionando lo máximo no valen más que para conseguir lo mínimo, y esperando el reconocimiento de los demás se mueren de ver que el aplauso se vuelve en otra dirección. Pero cada una de estas paradojas esconde el haz y el envés de una misma producción emocional, son no más que formaciones reactivas o mecanismos de transformación en su contrario para disimular o contrarrestar el alcance de la envidia. Pues, como dijimos antes, de todos los 'vicios' y 'pecados' hay quien presume o se jacta, excepto de la envidia, fácil de reconocer e interpretar en otros, jamás en uno mismo, salvo que se aduzca sea una 'envidia sana' o se confunda como hacen los franceses con el 'avoir envie': el tener gana o apetito de algo. Pero el anhelo o deseo de algo es, como hemos visto, antónimo de la envidia, pues mientras ésta se alimenta de impulsos destructores, el deseo lo hace de estímulos unitivos con el objeto.

Hemos de tener en cuenta que la envidia es, con diferencia, la emoción más secreta y celosamente ocultada, la que más avergüenza y la que más se niega. Nadie está dispuesto a admitir que envidia, porque sería reconocer la falta propia, y esto es incompatible con la imagen de

suficiencia y potencia que cualquiera pretende fingir. Por ello, sus disfraces y máscaras son múltiples: *calumnia, maledicencia, murmuración, delación, crítica sibilina, insinuación perversa, conspiración traidora, silencio inconveniente...* Sutilmente manipulados, estos recursos pueden conseguir el objetivo sin desenmascarar al envidioso que ladinamente los prende. De Carlos Fisas (1991) entresaco un refrán que alude a esta relación: "Si envidias a un hombre, por inferior a él te reconoces". La mera dificultad para reconocer en uno mismo y aceptar la propia naturaleza envidiosa obstaculiza grandemente la lucha contra ella, pues, "al aceptarla, al llamarla por su nombre se desactiva su carácter destructivo" (Valcárcel, 1994, p. 106).

La envidia va asociada al *sufriamiento* provocado por "la restricción que le impone la existencia del otro" (Hassoun-Lestienne, 2000, p. 57), a la *autoconmiseración*, *quejas* y percepción deformada de la propia ruina y demérito (Alberoni, 1991), al *sentimiento de fracaso* e incompetencia. por comparación con el otro idealizado, a la *ingratitud* y a la *crítica* mortífera de lo envidiado. Villamarzo (2000) subraya, a este propósito, la *descalificación* y la *hostilidad* respecto al objeto de envidia, que deja siempre entreverse un pero, una sospecha, una objeción, en medio de cualquier alabanza.

La envidia se emparenta también con el *pesimismo*, la *resignación*, la *percepción de incontrolabilidad*, de *fatalismo* e *indefensión*. Alberoni explica que la envidia individual es conservadora y bloqueante; en contrapartida, la envidia social, grupal, colectiva o de clase es un acicate para la reivindicación, la revolución y la reclamación de una justicia más distributiva, siempre que no se admita la desigualdad como algo inmutable y natural. Así ocurrió en la Revolución Francesa, por ejemplo. Victoria Camps (1994) analiza la envidia como máscara de la justicia, cuando se arraiga como *exigencia de igualdad* y protesta contra las arbitrariedades. Si el sentimiento de injusticia por la desigualdad no se hace consciente y no se encauza positivamente hacia la restauración del equilibrio, aparecerá el victimismo, el resentimiento y el rencor. El sentimiento de perjuicio anida en la querulancia del envidioso, así como su satisfacción maliciosa cuando descubre que el envidiado también sufre (Lazarus, 2000). No en balde, Orthony y Clore (1988), ubican la envidia entre las emociones relacionadas con las vicisitudes de los otros, pero como un estado de mala voluntad, pues engendra la necesidad de vengarse o de manchar y enturbiar el bien del otro. Un clásico como Vives (1957), ya advirtió contra estas consecuencias:

"... (el envidioso) se complace en la maledicencia y se apodera de

cuanto hace o dice otro como él para infligir una mala nota o difundir una mancha..." (p. 202).

Una reciente interpretación de los atentados del 11 de septiembre realizada por el polémico Fukuyama apuntaba en esta dirección. Piensa él que la envidia de los musulmanes hacia el éxito de Occidente, con su progreso y su modernidad, está en la raíz del odio destructivo de los terroristas de Al Qaeda. En su lectura, el ataque a los epicentros simbólicos del poder y del desarrollo occidental estaba propulsado por la retaguardia islamista que, lejos de reconocer su atraso y su fracaso como civilización, otrora próspera y vanguardista, opta por mantener y enorgullecerse de su regresión y su primitivismo, destruyendo lo ajeno para no asumir el esfuerzo y el reto de la superación. Paralelismo con esta audaz conjetura de Fukuyama lo ofreció nuevamente Unamuno al señalar la envidia como origen del odio antisemita de los nazis:

"El antisemitismo de los presuntos, supuestos y sedicentes arios, ¿qué es sino envidia, envidia tapada por un fingido orgullo que oculta la conciencia de un complejo de inferioridad" (Unamuno, 1934, p. 1348).

La envidia, además, supone un gasto inútil de energía, autoconsu-

me al sujeto, invita a la rumiación obsesiva (Cubero, 2000), ancla al hombre en la misma posición que no sufre alteración ni con el paso del tiempo, ni con el cambio de circunstancias, ni siquiera con la muerte del envidiado. Caparrós (2000) destaca que el objeto de envidia es perdurable y no intercambiable; confina en la soledad y en la desconfianza al envidioso (Germain, 2000). La envidia no encuentra nunca su catarsis. Una vez que prende en el ánimo, lo roe y lo devora.

Ahora bien, el lento trabajo de la envidia (Alberoni, 1991) se disfraza de *desprecio* o *menosprecio*, transvalorando el valor de lo valorado o añadiendo un contravalor que lo atenúe ("la manzana es apetitosa, pero tiene un gusano"); a menudo se enmascara de *cínico agradecimiento*, con el retintín altivo con que expresa gratitud el envidioso. Se cubre también de una *falsa lealtad* ("A menudo el énfasis en la lealtad delata al traidor", Cercas, 2001), o de *adulación* (Mexía, 1550), de *falso estoicismo* (para evitar la envidia o contrarrestarla, Séneca aconseja pensar que muchos que alcanzan su dignidad, fortuna, prestigio, etc, se han dejado la vida en ello: "han trabajado para el epitafio de su sepulcro", p. 52).

Se recubre también del disfraz de emulación o imitación que

mientras no llegue al límite de la impostura, el plagio o la suplantación, puede pasar por ser la envidia socialmente correcta o, como dice I. Sanfeliu (2000), pasada por el crisol de la decencia. Se disfraza de modestia (hace poco oí a alguien que decía a otra persona: "llevamos la misma falda, pero la tuya es más bonita"), a veces incluso de jactancia exagerada y orgullosa en los méritos propios acompañada de compasión por los lastres que acarrea la fortuna o la fama a los otros ("pobrecillos los ricos, todo el día preocupados por su dinero, angustiados de no perderlo o de que no se lo roben", etc). Nadie tan atinado a la hora de desenmascarar la envidia tras los ropajes hipócritas de la adulación, la cortesía, la falsa modestia o la reivindicación encendida de justicia igualadora, como el perpetuo Unamuno. Todos quedamos emplazados a reflexionar acerca de las raíces de esta envidia hipócrita, cuya cúspide literaria encontramos en su "Abel Sánchez". Estemos ojo avizor no para evitarla, pues inevitable es, pero sí para mitigar sus efectos destructivos. Examinemos si se encuentran en nuestra vida o en nuestro entorno alguno de los tres gérmenes que la hacen fermentar: ociosidad espiritual, superficialidad mental, carencia de grandes y genuinas preocupaciones (Unamuno, 1909). Sólo así habremos de remediarla.

REFERENCIAS

- Alberoni, F. (1991). *Los envidiosos*. Barcelona: Gedisa.
- Camps, V. (1994) La envidia, de pecado capital a máscara de la justicia. En Castilla del Pino, C. (Ed.), *La envidia*. Madrid: Alianza. pp. 71-82.
- Camus, A. (1984). *El revés y el derecho*. Madrid: Alianza.
- Caparrós, N. (2000). *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Castilla Del Pino, C. (1994). *La envidia*. Madrid: Alianza.
- Castilla Del Pino, C. (2000). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Tusquets.
- Cervantes, M. de (1613). Coloquio entre Cilenia y Selanio, en D. Eisenberg. *Las semanas del jardín de M. de Cervantes*, Salamanca: Ediciones de la Diputación de Salamanca, 1988.
- Covarrubias, S. (1611). Tesoro de la lengua castellana o española. Madrid: Imprenta Melchor Sánchez.
- Cubero, J. (2000). Observación en relación a un caso de envidia cotidiana. En N. Caparrós (Ed.), *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp.145-151.
- Delibes, M. (1983). *Carta de amor de un sexagenario voluptuoso*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- Fisas, C. (1991). *Frases que han hecho historia*. Barcelona: Planeta.
- Foster, G. (1972). The anatomy of envy: a study in symbolic behaviour. *Current Anthropology*, 12(2), 165-202.
- Gárate Martínez, I. (2000). La envidia o el mal de ojo. En N. Caparrós (Ed.), *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 125-142.
- Genet, J. (1945). *Las criadas*. Madrid: Alianza.
- Germain, S. (2000). El milagro y el espejismo. En P. Hassoun-Lestienne (Ed.), *La envidia y el deseo*. Barcelona: Idea Books. pp. 87-98.
- Hassoun-Lestienne, P. (2000) Enfermo de envidia. En P. Hassoun-Lestienne (Ed.), *La envidia y el deseo*. Barcelona: Idea Books. pp. 99-112.
- Hume, D. (1923) *Tratado de la naturaleza humana*. Tomo II, Madrid: Calpe.
- Kaës, R. (2000). Más allá de la envidia. El destino del complejo fraterno en los grupos. En N. Caparrós (Ed.), *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 385-413.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. en M. Klein, *Obras Completas*, vol. 3, Buenos Aires: Paidós, pp. 1-140.
- Lazarus, R.S. y Lazarus, B.N. (2000). *Pasión y razón. La comprensión de nuestras emociones*. Barcelona: Paidós.
- Lechartier-Atlan, Ch. (2001). Un traumatismo muy banal. Reflexiones sobre los celos entre hermanos. En *Libro anual del psicoanálisis*, vol. 3, Biblioteca Nueva, pp. 179-190.
- Marina, J.A. (1996). *El laberinto sentimental*. Barcelona: Anagrama.
- Marina, J.A. (1999) *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.

- Mate, R. (1994). De la envidia al resentimiento. En Castilla del Pino, C. (Ed.), *La envidia*. Madrid: Alianza. pp. 18-40.
- Matton, S. (2000). El primer pecado del mundo. En P. Hassoun-Lestienne (Ed.), *La envidia y el deseo*. Barcelona: Idea Books. pp. 53-64.
- Mexía, P. (1550). *Silva de varia lección*. Madrid: Cátedra.
- Ortony, A., Clore, G.L., y Collins, A. (1988). *La estructura cognitiva de las emociones*. Madrid: Siglo XXI.
- Rof Carballo, J. (1952). Antonio Pérez. Obras Completas, VI.
- Rof Carballo, J. (1958). Envidia y creación. *Ínsula*, nº 145, 1-4.
- Sanfeliu, I. (2000). La envidia nunca es cosa de dos. En N. Caparrós (Ed.), *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 101-124.
- Santis, P. De (2001). *El calígrafo de Voltaire*. Barcelona: Destino.
- Séneca, L.A. *Invitación a la serenidad*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Sopena, C. (1985). Amadeus. Reflexiones sobre la envidia. En *Compilatorio: Contribuciones al pensamiento psicoanalítico*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 287-301.
- Tubert, S. (1994). La insoportable alteridad. Consideraciones psicoanalíticas sobre la envidia. En Castilla del Pino, C. (Ed.), *La envidia*. Madrid: Alianza. pp. 46-60.
- Unamuno, M. (1909). *La envidia hispánica*. Obras Completas, III, Madrid: Escélicer.
- Unamuno, M. (1917). *Ni envidiado ni envidioso*. Obras Completas, III. Madrid: Escélicer.
- Unamuno, M. (1923). *Abel Sánchez*. Madrid: Espasa Calpe.
- Unamuno, M. (1928). *El otro*. Salamanca: Ed. Colegio de España.
- Unamuno, M. (1934). *Más de la envidia hispánica*. Obras Completas, III. Madrid: Escélicer.
- Unamuno, M. (1935). *De esto y aquello*. Obras Completas, III. Madrid: Escélicer.
- Usobiaga, I. (2000). Reivindicando una cierta envidia. *Revista de Psicoanálisis*, 32, 149-155.
- Valcárcel, A. (1994). De la dama envidia. En Castilla del Pino, C. (Ed.), *La envidia*. Madrid: Alianza. pp. 61-70.
- Valentí, E. (selcc. Y comp.) (1987). *Aurea Dicta. Dichos y proverbios del mundo clásico*. Barcelona: Crítica.
- Villamarzo, P.F. (2000) Estudio histórico-crítico de Envidia y gratitud de Melanie Klein. En N. Caparrós (Ed.), *Más allá de la envidia*. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 27-60.
- Vives, J.L. (1957). *Tratado del alma*. Madrid: Espasa Calpe.
- Zambrano, M. (1955). El infierno terrestre: la envidia. En Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, México: Fondo de Cultura Económica. pp. 64-71.